

que han quebrantado, y echan menos las virtudes que han perdido.

Al mismo tiempo he visto esparciatas, cuya magnanimidad excitaba á elevarse hasta ellos. Conservaban su elevacion sin esfuerzo, sin ostentacion, sin ser atraidos hácia la tierra por el brillo de las dignidades, ó por la esperanza de las recompensas. No exijais bajeza alguna de ellos : no temen ni la indigencia, ni la muerte. En mi último viage á Lacedemonia, estaba yo en conversacion con Talecro, que era muy pobre, y con Damindas, que tenia con que pasarlo muy bien. Llegó uno de aquellos hombres que Filipo, rey de Macedonia, asalariaba para comprarle partidarios; y dijo al primero: «¿qué bienes teneis? — Los necesarios,» respondió Talecro volviéndole la espalda. Amenazó al segundo con la indignacion de Filipo. «Hombre infame, respondió Damindas, ¿qué es lo que puede tu amo contra los hombres que desprecian la muerte?»

Contemplando atentamente esta mezcla de vicios nuevos, y de virtudes antiguas, me parecía estar en un bosque, abrasado por algun incendio; y viendo en él unos árboles reducidos á ceniza, otros medio consumidos, y otros, que no habiendo sido tocados por la llama, levantaban con arrogancia hasta los cielos sus copas.

CAPITULO XLIX.

DE LA RELIGION Y PIESTAS DE LOS ESPARCIATAS.

Los objetos del culto público no inspiran en Lacedemonia mas que un profundo respeto, y un silencio absoluto. Allí no se permite en este punto ni disputa, ni duda: adorar á los dioses, honrar á los heroes, es el único dogma de los Esparciatas.

Entre los heroes á quienes han levantado templos, altares ó estatuas, se distinguen Hércules, Castor, Polux, Aquiles, Ulises, Licurgo, etc. Lo que debe maravillar á los que no conocen las

tradiciones de los pueblos, es ver á Helena participar con Menelao, de honores casi divinos, y la estatua de Clitemnestra, colocada cerca de la de Agamenon.

Los Esparciatas son muy crédulos. Uno de ellos creyó ver de noche un espectro errante al rededor de un sepulcro; y dió tras él con la lanza levantada diciendo á voces: no hay remedio, morirás otra vez. No son los sacerdotes los que mantienen la supersticion; sino los éforos quienes pasan algunas noches en el templo de Pasifae, y por la mañana dan sus sueños por realidades.

Licurgo que no podia dominar á las opiniones religiosas, suprimió los abusos que habian producido. En todas las demas partes hay que presentarse á los dioses con víctimas sin mácula, algunas veces con aparato magnífico; en Esparta con ofrendas de poco valor, y la modestia conveniente al que suplica. En otras partes importunan á los dioses con plegarias indiscretas y largas: en Esparta no se les pide mas que la gracia de hacer grandes acciones, despues de haber hecho buenas obras: y esta fórmula concluye con estas palabras, cuya profundidad conocerán las almas nobles: «dadnos fuerza para sufrir la injusticia.» La vista de los muertos no causa aquí horror como en las naciones vecinas. El luto dura once dias solamente: si el

dolor es verdadero, no se debe limitar el tiempo; y si es falso, no se debe prolongar la impostura.

De aquí se sigue, que si el culto de los Lacedemonios está manchado con errores y preocupaciones en la especulativa como el de los otros griegos, á lo menos en la práctica es mas racional é ilustrado.

Los Atenienses creyeron vincular entre ellos la Victoria representándola sin alas; y por la misma razon han representado los Esparciatas algunas veces á Marte y á Venus encadenados. Esta nacion guerrera ha dado armas á Venus, y puesto una lanza en las manos de todos los dioses y diosas. Ha puesto la estatua de la Muerte junto á la del Sueño, para acostumbrarse á mirarlas de un mismo modo: ha consagrado un templo á las Musas, porque marcha á los combates al son armonioso de la flauta ó de la lira; otro á Neptuno, que conmueve la tierra, porque habita en un pais sujeto á frecuentes terremotos; otro al Temor, porque hay temores saludables, como es el de las leyes.

Llenan sus ocios un crecido número de fiestas. En las mas de ellas he visto marchar en orden tres coros, y hacer resonar los aires con sus cánticos. El de los ancianos decia:

Cada cual de nos ha sido

Joven, valiente, atrevido :

el de los hombres hechos respondia :

Lo somos nos al presente,
Quien quiera, lo experimente ;

y el de los muchachos proseguia :

Y nosotros llegaremos
Al dia en que os ganaremos.

Vi en las fiestas de Baco once mugeres disputándose el premio de la carrera. He seguido á las jóvenes de Esparta, cuando en medio de la alegría pública, puestas en carros, iban al lugar de Therapné, á presentar sus ofrendas en el sepulcro de Menelao y Helena.

Durante las fiestas de Apolo, apellidado Carneio, que se celebran todos los años al fin del estío, y duran nueve dias, asistí al combate de los tocadores de cítara; vi levantar al rededor de la ciudad nueve barracas ó enramadas en forma de tiendas. Cada dia iban á comer á ellas nuevos convidados en número de ochenta y uno, nueve á cada tienda; los oficiales, elegidos por suerte mantenian el orden, y todo se ejecutaba á la voz del heraldo público. Esta era la imagen de un campamento, pero no habia

disposiciones de guerra, porque nada debe interrumpir estas fiestas, y por grave é inminente que sea el peligro, se espera á que se concluyan, para poner el ejército en campaña.

El mismo respeto mantiene á los Lacedemonios en su casa, mientras duran las fiestas de Jacinto, que se celebran por la primavera, principalmente por los habitantes de Amiclas. Se decia que Jacinto, hijo de un rey de Lacedemonia, fué amado tiernamente por Apolo; que Céfitro, envidioso de su hermosura, dirigió contra él el tejo que le quitó la vida; y que Apolo, que lo habia arrojado, no halló otro alivio á su dolor, que el de trasformar este tierno principe en una flor que tiene el mismo nombre. Con este motivo se instituyeron juegos que se renuevan todos los años. El dia primero y tercero no ofrecen mas que la imagen del duelo; y el segundo es dia de gozo, en que Lacedemonia se abandona á la embriaguez de la alegría: este es un dia de libertad: los esclavos comen á la mesa con sus amos.

Por todas partes se ven coros de mancebos, vestidos de una sencilla túnica, unos tocando la lira, ó celebrando á Jacinto con cantares antiguos, acompañados con la flauta; otros ejecutando danzas; otros á caballo, haciendo ostension de su destreza, en el sitio destinado á los espectáculos.

Despues se adelanta hácia Amiclas la pompa ó procesion solemne, llevando á su frente un gefe, que con el nombre de legado, debe ofrecer en el templo de Apolo los votos de la nacion: Llegada que es, se acaban los preparativos de un sacrificio pomposo, y se empieza derramando en forma de libacion, vino y leche en lo interior del altar que sirve de basa á la estatua. Este altar es el sepulcro de Jacinto. Al rededor están puestos en fila veinte ó veinte y cinco mancebos, y otras tantas doncellas, que cantan conciertos pasmosos, delante de muchos magistrados de Lacedemonia*; porque en esta ciudad, como en las demas de la Grecia, toma el gobierno interes en las ceremonias religiosas, y así es que los reyes y sus hijos tienen por deber el asistir á ellas. En estos últimos tiempos se ha

* Entre las inscripciones que Mr. el abate Fourmont descubrió en Laconia, hay dos que son del séptimo y acaso del octavo siglo antes de J. C. Al nombre del legado ó gefe de una diputacion solemne, ΠΡΕΣΒΕΥΣ, juntan los de muchos magistrados, y los de los mancebos y doncellas que habian hecho papel en los coros, y que en uno de estos monumentos se les nombra *Hialcades*. Esta expresion, segun Hesiquio, indicaba entre los Esparciatas, los coros de muchachos. Yo he creido que se trataba aquí de la pompa de los Jacintos.

Es de notar que entre las doncellas que componian uno de los coros, se halla el nombre de Licorias, hija de Deuxidamo ó Zeuxidamo, rey de Lacedemonia, que vivia 700 años antes de J. C.

visto á Agesilao, despues de ganar victorias singulares, ponerse en el silio que le habia señalado el maestro del coro, y, confundido con los simples ciudadanos, entonar con ellos el himno de Apolo en las fiestas de Jacinto.

La disciplina de los Esparciatas es de tal naturaleza, que sus placeres van siempre acompañados de cierta decencia: aun en las fiestas de Baco, ya sea en la ciudad, ya en el campo, no se atreve nadie á quebrantar la ley que prohíbe el uso excesivo del vino.



CAPITULO I.

DEL SERVICIO MILITAR ENTRE LOS ESPARCIATAS.

Los Esparciatas tienen obligación de servir desde la edad de veinte años, hasta la de sesenta: pasado este término están dispensados de tomar las armas, á no ser que el enemigo entre en la Laconia.

Cuando hay que levantar tropas, los éforos mandan, por medio de los heraldos, que todos los ciudadanos, desde la edad de veinte años, hasta los que señala la proclama, se presenten para servir en la infantería de armadura

pesada, ó en la caballería: la misma intimación se hace á los operarios que se destinan al ejército.

Como los ciudadanos están divididos en cinco tribus, se ha dividido la infantería pesada en cinco regimientos, que por lo regular los mandan otros tantos polemarcos: cada regimiento se compone de cuatro batallones, de ocho pentecostias, y de diez y seis enomotias ó compañías*.

* Es muy difícil, y acaso imposible dar idea cabal en esta materia: pues como variaba con frecuencia, se contentaron los autores antiguos con referir los hechos sin entrar en pormenores; y en los tiempos posteriores se han tomado los hechos particulares por reglas generales.

Los Esparciatas estaban distribuidos en muchas clases llamadas MOPAI ó MOIPAI, es decir, partes ó divisiones.

¿Cuáles eran las subdivisiones de cada clase? el *locos*, la *pentecostis*, y la *enomotia*. En el texto de esta obra, he comparado la *mora* con el *regimiento*, el *locos* con el *batallon*, la *enomotia* con la *compañía*, sin pretender por eso que estas comparaciones fuesen exactas: en esta nota conservaré los nombres griegos, aunque tenga que ponerlos en singular, cuando debieran estar en plural.

Xenofonte, que vivía en el tiempo en que yo supongo el viage del joven Anacarsis, expone claramente estas subdivisiones que he dicho. « Cada *mora*, dice, tiene por oficiales un polemenco, cuatro gefes de *locos*, ocho gefes de *pentecostis*, diez y seis gefes de *enomotias*. » Así, cada *mora* contiene cuatro *locos*: cada *locos* dos *pentecostis*; y cada *pentecostis* dos *enomotias*. Debe observarse que Xenofonte nos presenta aquí una regla general; regla confirmada con este pasage de Tucídides: El rey da la orden

En algunas ocasiones, en lugar de hacer marchar todo el regimiento, se destacan algunos

á los *polemarcos*, estos la dan á los *lócos*, estos últimos á los *pentecontateres*, estos á los *enomotarcos*, que la comunican á sus *enomotias*.

Algunas veces en lugar de hacer marchar las *mora*: destacaban algunos *locos*. En la primera batalla de Mantinea, ganada por los Lacedemonios el año 418 antes de J. C., su ejército á las órdenes del rey Agis, estaba dividido en siete *locos*. Cada *locos*, dice Tucídides, comprendía cuatro *pentecostis*, y cada *pentecostis* cuatro *enomotias*. Aquí la composición del *locos*, se diferencia de la que le atribuye Xenofonte; pero no eran las mismas las circunstancias. Xenofonte habla en general de la formación de la *mora*, cuando estaban reunidas todas las partes; Tucídides de un caso particular, y de los *locos* separados de su *mora*.

¿Cuántas *mora* había? Unos admiten seis, y los otros cinco. Daré las pruebas que se pueden alegar en favor de la primera opinion, y despues añadiré las que favorecen á la segunda.

1º. En tres inscripciones que trae el abate Fourmont, de la Mesenia y de la Laconia, están grabados los nombres de los reyes de Lacedemonia, los de los senadores, de los éforos, de los oficiales militares, y de diferentes cuerpos de magistrados. En ellas se ven seis gefes de *mora*. Estas inscripciones, que son del siglo octavo antes de J. C. no eran mas que 150 años posteriores á Licurgo; y hay fundamento para creer que el legislador de Esparta dividió todos los ciudadanos en seis *mora*. Pero se ofrece aquí una gran dificultad. Las inscripciones ponen los seis gefes de *locos*, antes de los seis de *mora*. Así, no solamente los gefes de *mora* estaban subordinados á los de los *locos*, sino que tambien eran iguales en número, y no era esta la composición que subsistía en tiempo de Tucídides y de Xenofonte.

2º. Este último historiador dice que Licurgo dividió la caballería y la infantería pesada en seis *mora*. Este pasage es conforme á las inscripciones anteriores.

bataillon, y entonces, doblando ó cuadruplicando las compañías, asciende cada batallon á

5º Xenofonte dice tambien que el rey Cleombroto fué enviado á Fócide con cuatro *mora*: por lo que si no eran mas de cinco, no quedaria mas de una en Lacedemonia. Algun tiempo despues se dió la batalla de Leuctres, en la que fueron vencidas las tropas de Cleombroto. Xenofonte dice que se levantaron nuevas tropas, y que las sacaron principalmente de las dos *mora*, que habian quedado en Esparta. Luego eran seis.

Veamos ahora las razones que hay para admitir una *mora* menos.

1º Aristóteles, citado por Harpocracion, no contaba mas de cinco, si nos hemos de atener á la edicion de Maussac, que dice πέντε. Es verdad que no se halla esta palabra en la edicion de Gronovio, y que en algunos manuscritos de Harpocracion se sustituye una letra numeral que significa seis. Pero esta letra tiene tanta semejanza con la que vale cinco, que era facil tomar una por otra. Dos pasages de Hesiquio prueban que algunos copiantes de Harpocracion han caido en este descuido. En el primero dice, que segun Aristóteles, el *locos* se llamaba *mora* entre los Lacedemonios; y en el segundo, que segun el mismo Aristóteles, los Lacedemonios tenian cinco *locos*, donde se pone toda la palabra πέντε. Luego segun Hesiquio, Aristóteles no daba á los Lacedemonios mas de cinco *mora*.

2º Diodoro Sículo refiere que Agesilao estaba al frente de diez y ocho mil hombres, incluidas las cinco *mora*, ó sencillamente cinco *mora* de Lacedemonia. Resta saber si en este lugar se debe admitir ó suprimir el articulo. Ródoiman en su edicion pone el pasage de esta manera: ὅν ἦσαν οἱ Λακεδαιμόνιοι (ὁ Λακεδαιμόνιον) πέντε μόρται. M. Bejot me ha hecho el favor de consultar los manuscritos de la biblioteca real. De doce que hay, cinco solamente tienen el pasage de que se trata, y está el articulo οἱ con el nombre de los Lacedemonios en nominativo ó genitivo. Están

doscientos cincuenta y seis hombres, ó á quinientos y doce. Cito ejemplos, no reglas; porque

pues conformes con la edicion de Rodoman, y por una mudanza tan leve como indispensable, dan esta leccion propuesta ya por Meursio: *αι Λακεδαίμονιον πέντε μόραι, las cinco mora de Lacedemonia*. Corregido así este pasaje, se concilia perfectamente con el de Aristóteles.

5º He dicho en el texto de mi obra que los Esparciatas estaban divididos en cinco tribus. Es natural pensar, que estaban alistados en otros tantos cuerpos de milicias, que tomaban el nombre de estas tribus. En efecto, Heródoto dice positivamente, que en la batalla de Platea había un cuerpo de pitánates, y hemos visto que los Pitánates formaban una de las tribus de Lacedemonia.

Sin embargo, como en esto no hay mas que probabilidades, y como el testimonio de Xenofonte está terminante, diremos con Meursio, que el historiador griego contó entre los *mora* los cuerpos de los *Esciritas*, llamados así de la Esciritida, que es una provincia reducida y situada en los confines de la Arcadia y de la Laconia. Esta provincia estuvo mucho tiempo sujeta á los Esparciatas; hasta que después se la quitó Epaminondas, y la reunió á la Arcadia. De aquí procede que algunos de los escritores posteriores hayan tenido á los Esciritas por tropa lacedemonia, y otros por cuerpo de tropas arcadias.

En tiempo en que obedecian á los Esparciatas iban en casi todas sus expediciones, algunas veces en número de seiscientos. En las batallas se ponian á la ala izquierda, y no se mezclaban con las otras *mora*. Algunas veces estaban en el cuerpo de reserva para sostener sucesivamente á los cuerpos que empezaban á flaquear. Por la noche guardaban el campamento, y su vigilancia impedía á los soldados separarse de la falange. Licurgo mismo fué quien les dió esta incumbencia. Por consiguiente existía ya esta milicia en tiempo de aquel legislador, había, pues, establecido seis cuerpos de tropas, á saber, cinco *mora* propiamente dichas, en las que entraban los Esparciatas; y además la compañía

no siempre es el mismo el número de hombres en la compañía; y para ocultar el general sus

de los escritas, que no componiéndose de esparciatas, se diferenciaba esencialmente de las *mora* propiamente tales, pero que sin embargo, se podia calificar con este nombre, pues que formaba parte de la constitucion militar establecida por Licurgo.

Si es verdad que los Esciritas peleaban á caballo, como lo hace creer Xenofonte, no causará novedad que el mismo autor haya dicho, que Licurgo formó seis *mora* entre infantería pesada y caballería. En este caso diremos que había cinco *mora* de oplitas esparciatas, y otra sexta formada de caballos escritas.

En vista de lo que va expuesto, es claro que si algunos antiguos confundieron al parecer la *mora* con el *locos*, no puede haber sido mas que por inadvertencia, ó por un abuso de palabras, tomando la parte por el todo. El sabio Meursio, no quiere distinguir estos dos cuerpos; pero no tiene en su favor mas que algunos testimonios débiles, á los cuales se pueden oponer hechos incontrastables. Si, como pretende Meursio, no había mas que cinco *mora*, no debía haber mas que cinco *locos*. Sin embargo, acabamos de ver que el rey Agis tenía siete *locos* en su ejército, y se puede añadir, que en otra ocasion el rey Arquidamo, estaba al frente de doce *locos*.

Si cada *mora* tomaba el nombre de su tribu, es natural pensar que los cuatro *locos* de cada *mora* tenían nombres particulares; y sabemos por Hesiquio, que los Lacedemonios daban á uno de sus *locos* el nombre de *édolos*. De esto conjeturamos que los Crotonos, que según Pausanias, hacian parte de los Pitánates, no eran otra cosa que uno de los *locos* que formaban la *mora* de esta tribu: y de aquí viene acaso la crítica que Tucídides hizo de una expresion de Heródoto. Habiendo dicho este último que en la batalla de Platea mandaba Amofareto el *locos* de los Pitánates, observa Tucídides que nunca hubo en Lacedemonia cuerpo alguno de milicia que se llamase así, porque según las apariencias, se decía la *mora*, y no el *locos* de los Pitánates.

fuerzas al enemigo, suele variar la composición de su ejército. Además de los cinco regimientos,

¿De cuántos soldados se componía la *mora*? De quinientos hombres según Eforo, y Diodoro Sículo; de setecientos según Calístenes; de novecientos según Polibio; de trescientos, quinientos, setecientos, según otros.

Me ha parecido que esta diversidad de opiniones debía atribuirse menos á las variaciones que ha tenido la *mora* en diferentes siglos, que á las circunstancias que obligaban á levantar mas ó menos número de tropas. Todos los Esparcíatas estaban alistados en una de las *mora*; y cuando se trataba de una expedición, los éforos hacían anunciar por medio del heraldo, que los ciudadanos desde la edad de la pubertad, es decir, desde los veinte años hasta cierta edad, se presentasen para servir. Ved aquí un ejemplo notable. En la batalla de Leuctres tenía el rey Cleombroto cuatro *mora*, mandadas por otros tantos polemarcos, y compuestas de ciudadanos desde la edad de veinte años hasta los treinta y cinco. Después de la pérdida de la batalla ordenaron los éforos levantar nuevas tropas: por lo que hicieron marchar á todos los de las mismas *mora* desde los treinta y cinco á cuarenta años, y fueron escogidos en las dos *mora* que habían quedado en Lacedemonia, todos los ciudadanos desde los veinte á los cuarenta años. De aquí se sigue que estas porciones de *mora* que salían á campaña, no eran por lo común mas que destacamentos mas ó menos numerosos del cuerpo total.

No tenemos ni la obra de Eforo, que daba á cada *mora* quinientos hombres, ni la de Calístenes que le señalaba setecientos: ni el lugar de Polibio, en que la hacía ascender á novecientos: mas podemos decir que sus cálculos no tenían otro objeto que casos particulares, y que Diodoro de Sicilia no se explicó con bastante exactitud, cuando dijo absolutamente que cada *mora* se componía de quinientos hombres.

No estamos mas instruidos en el número de soldados que entraban en las subdivisiones de la *mora*. Tucídides dice, que por

hay un cuerpo de seiscientos hombres escogidos que se llaman *esciritas*, los que han decidido algunas veces la victoria.

Las armas principales de la infantería son la pica y el escudo: no cuento lo espada, que no es mas que una especie de puñal que llevan en la cintura. La pica es en la que fundan toda su esperanza, y casi nunca la dejan mientras están en el ejército. Un extranjero decía al ambicioso Agesilao: «¿en dónde fijais los límites de la «Laconia?» En la punta de nuestras picas, respondió.

Cubren el cuerpo con un escudo de bronce, ova el esmero que ponían los Lacedemonios en ocultar sus operaciones, se ignoró el número de tropas que tenían en la primera batalla de Mantinea; pero que no obstante se podía formar una idea por el cálculo siguiente. El rey Agis estaba al frente de siete *locos*; cada *locos* incluía cuatro *pentecostis*: cada *pentecostis* cuatro *enomotias*; y cada *enomotia* se formó sobre cuatro de frente, y en general sobre ocho de fondo.

De este pasaje infiere el Escolliador, que en esta ocasión tuvo la *enomotia* treinta y dos hombres, la *pentecostis* ciento veinte y ocho, el *locos* quinientos y doce. Nosotros inferimos por nuestra parte, que si el *locos* hubiera estado siempre sobre el mismo pie, se hubiera contentado el historiador, con anunciar que los Lacedemonios tenían siete *locos*, sin tener que recurrir al cálculo.

Tampoco las *enomotias* tenían un número fijo y permanente de hombres. En la batalla de que acabo de hablar, en lo general tenían treinta y dos hombres cada una: en la de Leuctres eran de treinta y seis; y Suidas las reduce á veinte y cinco.

lado, escotado por las dos partes, y algunas veces por una sola, que termina en punta por los dos extremos, y tiene las letras iniciales del nombre de Lacedemonia. En esta señal se reconoce la nacion; pero hay otra por donde se conoce á cada soldado, que está obligado, so pena de infamia, á volver del combate con su escudo; y consiste en que lleva grabado en el campo del escudo el simbolo que se ha apropiado. Uno de ellos se expuso á las burlas de sus amigos, por haber escogido por emblema una mosca del tamaño natural. « Yo me acercaré tanto al enemigo, les dijo, que vea claramente mi insignia. »

El soldado está vestido con una casaca encarnada. Se ha preferido este color, para que el enemigo no vea la sangre que ha hecho correr.

El rey marcha al frente del ejército, delante de él el cuerpo de los esciritas, como tambien los ginetes que van á la descubierta. Suele ofrecer sacrificios, á que asisten los gefes de las tropas lacedemonias, y de los aliados. Muda á menudo de campamento, sea para proteger las tierras de estos, sea para hacer daño en las de los enemigos.

Todos los dias se dedican los soldados á los ejercicios del gimnasio. Se traza la liza en las inmediaciones del campamento. Acabados los

ejercicios de la mañana, se están sentados en el suelo hasta comer; despues de los de la tarde, cenan, cantan himnos á los dioses, y duermen sobre las armas. En los intervalos del dia se divierten de varios modos; porque entonces tienen menos trabajo que antes de salir, de manera, que la guerra viene á ser para ellos tiempo de descanso.

El dia del combate, el rey, á imitacion de Hércules, sacrifica una cabra mientras las flautas tañen la sonata de Castor. Entona despues el himno del combate, y todos los soldados, adornadas sus frentes con coronas, lo repiten acordes. Despues de este momento tan terrible y vistoso, componen sus cabellos y vestidos, limpian las armas, instan á sus oficiales de que los lleven al campo del honor, se animan unos á otros con dichos alegres, y marchan en orden al son de las flautas, que excitan ó moderan su valor. El rey se pone en la última fila, rodeándole cien guerreros, que, so pena de infamia, deben exponer su vida por salvar la del rey, y ademas algunos atletas que han ganado el premio en los juegos públicos de la Grecia, quienes miran este puesto como la mas gloriosa distincion.

Nada digo de las sábias maniobras que hacen los Esparciatas antes del combate y en él: su táctica parece al principio complicada; pero

basta la menor atención para convencerse de que en ella todo está previsto, facilitado todo, y que las instituciones militares de Licurgo, son preferibles á las de otras naciones.

Para todo hombre es ignominioso el huir: para el esparciata lo es solo el pensarlo. Sin embargo, su valor, aunque impetuoso y ardiente, no es un furor ciego: estando uno de ellos en el ardor de la pelea, oyó la señal de retirada, cuando tenía ya el arma levantada sobre un soldado tendido á sus pies; al punto se detuvo, diciendo que su primera obligación era obedecer á su general.

Esta clase de hombres no sufre llevar cadenas; la ley les clama sin cesar: antes perecer, que ser esclavos. Habiéndose descuidado Bias, que mandaba un cuerpo de tropas, le sorprendió Ificrates, y le dijeron sus soldados: ¿qué partido tomaremos? « Vosotros, les respondió, el de retiraros; yo el de pelear y morir. »

Prefieren guardar sus filas á matar algunos enemigos mas. Les está prohibido no solamente perseguir al enemigo, sino tambien despojarle hasta que se les dé la orden; porque deben atender mas á la victoria que al botin. Trecentos esparciatas cuidan de la observancia de esta ley.

Si el general ha perdido algunos soldados en un combate, debe dar otro para libertarlos.

Quando un soldado deja su puesto, se le obliga á estar algun tiempo de pie, apoyado en su escudo, á vista de todo el ejército.

Los ejemplos de cobardía tan raros en otro tiempo, arrojan al culpado en los horrores de la infamia: no solo no puede aspirar á ningun empleo, sino que si es casado, no hay familia que quiera enlazarse con la suya, y si no lo es, no puede enlazarse con otra; porque les parece que esta nota amancillaria toda su posteridad.

Los que mueren en el combate, se entierran como los demas ciudadanos, con un vestido encarnado, y un ramo de oliva, símbolo de las virtudes marciales entre los Esparciatas. Si se han distinguido, se ponen sus nombres en sus sepulcros, y algunas veces la figura de un leon; pero el soldado que ha muerto volviendo la espalda al enemigo, queda privado de sepultura.

Los triunfos que se deben á la prudencia, se aprecian mas que los del valor. En los templos no se cuelgan los despojos del enemigo. Las ofrendas quitadas á los cobardes, decía el rey Cleómenes, no deben ponerse ante los ojos de los dioses, ni de nuestra juventud. En otro tiempo la victoria no causaba ni alegría, ni novedad: en nuestros dias, una ventaja ganada por el rey Arquidamo, produjo tanto júbilo entre los Es-

parciatas, que no dejó duda alguna de su decadencia.

En la caballería no entran mas que hombres sin experiencia, que no tienen bastante vigor ó celo. El ciudadano rico es quien da las armas y el caballo. Si este cuerpo ha logrado algunas ventajas, las ha debido á los soldados extranjeros, que tomaba á sueldo Lacedemonia. Generalmente hablando, los Esparciatas gustan mas de servir en la infantería; y persuadidos á que el verdadero valor se basta á sí mismo, quieren pelear cuerpo á cuerpo. Estaba yo con el rey Arquidamo, quando le presentaron un modelo de una máquina para lanzar dardos, nuevamente inventada en Sicilia; y despues de haberla examinado con atención, dijo: « se acabó el valor.»

La Laconia podria poner en pie treinta mil hombres de armadura pesada, y mil y quinientos caballos; pero ya sea porque no se haya cuidado bastante de la población, ya porque el gobierno no haya tenido la ambición de mantener en pie grandes ejércitos, Esparta que ha marchado en cuerpo de nación contra los pueblos vecinos, no ha empleado en las expediciones lejanas mas que un corto número de tropas nacionales. Es verdad que en la batalla de Platea tenia cuarenta y cinco mil hombres; pero no habia mas que cinco mil esparciatas, y otros tantos lacedemonios; los demas eran hilotas. En la batalla de

Leuctres no hubo mas que setecientos esparciatas.

No debió pues su superioridad á sus propias fuerzas; y si al principio de la guerra del Peloponeso hizo marchar sesenta mil hombres contra los Atenieses, era porque los pueblos de esta península, unidos muchos siglos antes á ella, habian juntado sus tropas á las de Lacedemonia. En estos últimos tiempos sus ejércitos se componian de algunos esparciatas, y de un cuerpo de neodamos ó libertos, á los que se juntaban, segun lo exigian las circunstancias, los soldados de la Laconia, y otro número mayor que daban las ciudades aliadas.

Despues de la batalla de Leuctres, quando Epaminondas dió libertad á los de Mesenia, esclavizados tiempo antes por los Esparciatas, les quitó los medios de reclutar en esta provincia; y habiéndolos abandonado muchos pueblos del Peloponeso, su poder, tan temible antes, ha venido á un estado de debilidad, de que jamas se levantará.